

Todos somos teólogos: La responsabilidad de pensar correctamente acerca de Dios

1.0 Introducción: La crisis silenciosa de la fe sin fundamento

En el corazón de la vida cristiana contemporánea se gesta una crisis silenciosa pero profunda: la creciente tendencia a devaluar, e incluso a despreciar, el estudio riguroso de la teología. Se promueve una fe desprovista de su andamiaje doctrinal, una espiritualidad que privilegia el sentimiento sobre el conocimiento y la experiencia personal sobre la verdad revelada. Esta sección se propone diagnosticar la naturaleza de este problema, exponer sus peligrosas implicaciones y establecer su gravedad desde una perspectiva bíblica, argumentando que una fe sin fundamento doctrinal es, en última instancia, una fe en riesgo de colapso.

1.1 El menosprecio contemporáneo de la teología

Hoy, para muchos creyentes, la palabra "teología" evoca imágenes de aulas polvorientas y debates académicos estériles. Se percibe como una disciplina impráctica, divisiva e irrelevante para los desafíos de la vida cotidiana. Se establece un falso dilema entre conocer *acerca* de Dios y conocer *a* Dios, como si el intelecto fuera enemigo del corazón. Esta mentalidad, que exalta una fe basada en la emoción, no es nueva; es una forma moderna del subjetivismo que teólogos como Louis Berkhof han advertido, pues hace de la "experiencia religiosa" la fuente de la teología en lugar de la revelación objetiva de Dios. Se busca una "fe sencilla", ignorando que una fe simplista es vulnerable y desinformada.

1.2 Un error con profundas consecuencias bíblicas

Desde una perspectiva bíblica, esta separación entre fe y conocimiento teológico es una dicotomía artificial y sumamente peligrosa. La Escritura no conoce una fe saludable que no esté arraigada en un conocimiento verdadero de su objeto. Ignorar la doctrina no es un atajo hacia una espiritualidad más pura; es, en realidad, ignorar la propia autorrevelación de Dios. Dios no se ha revelado a través de sentimientos abstractos, sino a través de acontecimientos históricos y, de manera inseparable, de

Su "palabra interpretativa" (Bancroft). Pensar que podemos amar a un Dios a quien no nos esforzamos por conocer en sus propios términos —tal como Él se ha revelado en Su Palabra— es un engaño con consecuencias eternas. La advertencia del apóstol Pablo resuena con urgencia pastoral: nos exhorta a no ser "niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina" (Efesios 4:14). Una fe sin ancla doctrinal es una fe a la deriva. Comprender qué es realmente la teología revela por qué esta aversión moderna es tan perjudicial.

2.0 ¿Qué es la teología y por qué todos la practican?

Para reclamar el lugar esencial de la teología en la vida cristiana, es imperativo definirla correctamente. Lejos de ser un ejercicio exclusivo de la élite académica, la teología es una actividad fundamental e ineludible para toda persona. Corregir nuestra definición es el primer paso para corregir nuestra práctica.

2.1 Una definición fundamental y práctica

En su esencia, la teología es el pensamiento disciplinado acerca de Dios y Su relación con el universo. Específicamente, como enseña Charles Hodge, es la ciencia que trata del *ser* de Dios —Su sustancia, Su esencia— y de Sus *atributos*, tal como Él se ha revelado en Su Palabra. En este quehacer, debemos distinguir, como lo hace Berkhof, entre el *dogma* —la verdad divinamente revelada— y la *doctrina* —la formulación que la Iglesia, aunque falible, hace de esa verdad—. La teología, por tanto, no es una mera acumulación de datos, sino el esfuerzo de la mente y el corazón, guiados por el Espíritu, por comprender, articular y vivir en conformidad con la verdad que Dios ha revelado.

2.2 El teólogo involuntario: Una realidad ineludible

El argumento central es este: **toda persona es un teólogo**. Así como el principio de causalidad establece que todo efecto debe tener una causa, toda vida humana opera sobre un conjunto de presuposiciones acerca de la realidad última. Sea consciente de ello o no, cada individuo posee un sistema de creencias sobre Dios (o su ausencia), el origen del hombre, el bien y el mal. Este conjunto de creencias es su teología personal y gobierna su cosmovisión, sus valores y sus decisiones. El materialista, por ejemplo, opera desde una teología que niega lo espiritual, una presuposición que toda la experiencia humana contradice (Hodge).

Por lo tanto, la pregunta crucial no es *si* somos teólogos. La pregunta es si nuestra teología es *buena o mala, verdadera o falsa, bíblica o errada*. El rechazo a la teología formal no nos convierte en personas sin teología; simplemente nos condena a tener una teología pobre, desinformada, formada por retazos de cultura, emociones y prejuicios no examinados.

3.0 Derribando mitos: Errores comunes acerca de la teología

Para que los creyentes abracen su responsabilidad de pensar correctamente acerca de Dios, es crucial derribar las barreras levantadas por falsedades comunes. Estos mitos obstaculizan la madurez espiritual del pueblo de Dios.

3.1 Mito 1: "La teología es solo para pastores y académicos"

Esta idea es profundamente antibíblica. La Escritura no reserva el conocimiento de Dios para una clase especializada. Por el contrario, el mandato de crecer en la gracia y el *conocimiento* de nuestro Señor Jesucristo es universal para todos los creyentes (2 Pedro 3:18). De igual manera, Pedro instruye a *todos* los cristianos a estar "siempre preparados para presentar defensa... de la esperanza que hay en vosotros" (1 Pedro 3:15). Esta defensa requiere un entendimiento claro de lo que creemos. La teología, por tanto, no es una vocación especializada, sino un deber de todo discípulo de Cristo.

3.2 Mito 2: "Lo importante es amar a Dios, no conocerlo"

Esta es, quizás, la más peligrosa de las falsas dicotomías. El amor bíblico no es un sentimiento abstracto, sino una respuesta del corazón a la realidad de quién es Dios. No podemos amar verdaderamente a un Dios cuyos atributos —Su santidad, justicia, omnisciencia, soberanía y amor— no conocemos (Hodge, Chafer). Un amor que no está informado por el conocimiento del carácter y las obras de Dios es un amor dirigido a una caricatura, a un ídolo de nuestra propia imaginación. El conocimiento verdadero de Dios no compite con el amor a Dios; lo alimenta, lo purifica y le da fundamento.

3.3 Mito 3: "La doctrina divide"

Esta afirmación esconde un error fundamental. La historia de la Iglesia testifica que lo que verdaderamente divide es el *error doctrinal*. Las herejías gnósticas y arrianas, que negaban la plena humanidad o la plena deidad de Cristo, amenazaron la existencia misma de la fe. Estas desviaciones forzaron a la Iglesia a formular una doctrina precisa

en concilios como el de Calcedonia, no para crear división, sino para *preservar* la unidad en la verdad (Hodge). Por el contrario, la *verdad compartida* es el único fundamento sólido para una unidad cristiana genuina. El apóstol Pablo establece que la meta es que todos lleguemos "a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios" (Efesios 4:13). La sana doctrina no es la causa de la división; es el único antídoto contra ella.

4.0 El mandato bíblico: Un llamado ineludible al conocimiento de Dios

Lejos de ser una actividad opcional, el estudio teológico es ordenado activamente en la Biblia como un componente central del discipulado y la madurez espiritual.

4.1 La advertencia de Oseas: La destrucción por falta de conocimiento (Oseas 4:6)

En uno de los pronunciamientos más solemnes del Antiguo Testamento, Dios declara: **"Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento"**. Este pasaje establece un vínculo directo entre la ruina espiritual de Israel y su rechazo voluntario del conocimiento de Dios y Su Ley. No fueron destruidos por falta de fervor religioso, sino por una ignorancia deliberada. Esta advertencia divina resuena con fuerza para la iglesia contemporánea, recordándonos que el descuido del conocimiento doctrinal tiene consecuencias devastadoras.

4.2 El ejemplo de los bereanos: Una fe noble y examinadora (Hechos 17:10-12)

Los creyentes de Berea son presentados como un modelo de madurez espiritual. Se les describe como "más nobles" porque **"recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así"**. Su nobleza radicaba en su práctica de lo que hoy llamaríamos un método hermenéutico Histórico-Gramático: recibir la enseñanza con un corazón abierto, pero sometiéndola al escrutinio diligente de la Escritura como estándar infalible. Esta postura, que combina receptividad con examen riguroso, representa la actitud ideal de una mente cristiana responsable.

4.3 La oración de Pablo: El conocimiento que produce fruto (Colosenses 1:9-10)

Cuando Pablo ora por los colosenses, su anhelo más profundo es que sean **"llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual"**. Es fundamental observar la conexión que establece a continuación: este conocimiento no es un fin en sí mismo. Su propósito es producir un resultado práctico y transformador: **"para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios"**. Para Pablo, el conocimiento teológico es la raíz de la cual brotan el andar santo, el servicio fructífero y una adoración que agrada a Dios.

5.0 Las consecuencias prácticas de una teología descuidada

La negligencia teológica no es un fracaso abstracto; tiene consecuencias severas y palpables en la vida del creyente y en la salud de la iglesia.

5.1 La superficialidad de una vida sin raíces doctrinales

Una fe sin raíces doctrinales es superficial e inestable. Esta inestabilidad es, en realidad, un fracaso en las grandes áreas de la teología sistemática: una Hamartiología débil (la doctrina del pecado) nos deja sin entender nuestra verdadera necesidad; una Cristología deficiente (la doctrina de Cristo) nos presenta un salvador inadecuado; y una Soteriología confusa (la doctrina de la salvación) nos ofrece una falsa seguridad. Sin la convicción que proviene de la verdad, la vida cristiana carece de la profundidad para soportar las pruebas y se convierte en una estructura sin cimientos, "llevados por doquiera de todo viento de doctrina" (Efesios 4:14).

5.2 La ceguera espiritual: La incapacidad para el discernimiento

El discernimiento no es una habilidad mística, sino la capacidad de juzgar correctamente entre la verdad y el error. Esta capacidad depende directamente de un sólido marco teológico. Sin una Cristología robusta, por ejemplo, que afirme las dos naturalezas de Cristo en una persona, como se defendió en Calcedonia, el creyente es incapaz de discernir entre el Cristo de la Escritura y los "falsos cristos" (Mateo 24) que la historia y el presente nos ofrecen. Pierde su "brújula" espiritual y se vuelve incapaz de distinguir la voz del Buen Pastor del ruido del mundo.

5.3 La vulnerabilidad ante el error: Presa fácil para los falsos maestros

La consecuencia más peligrosa de la ignorancia teológica es la vulnerabilidad ante la herejía. Un creyente o una congregación que no conoce su doctrina es presa fácil para los falsos maestros, que se presentan con enseñanzas atractivas pero fundamentalmente antibíblicas. La historia está plagada de movimientos que socavaron el evangelio precisamente por su deficiente teología. La ignorancia doctrinal no es un signo de humildad, sino una invitación al engaño espiritual.

6.0 La meta suprema del estudio teológico

El propósito de la teología no es el orgullo intelectual. Su verdadero objetivo es profundamente transformador y relacional: conocer a Dios para amarle más y vivir para Su gloria.

6.1 No es información, es transformación (Juan 17:17)

En Su oración sumosacerdotal, Jesús ruega: **"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad"**. La "verdad" de Dios no es información abstracta, sino la realidad objetiva de Su ser y Sus actos redentores, los cuales, como afirma la teología bíblica, requieren de la "palabra interpretativa" de Dios para ser correctamente comprendidos (Bancroft). Esta verdad objetiva, la sustancia de la teología, es el instrumento que el Espíritu Santo emplea para nuestra santificación. Abrazar la teología es, por tanto, cooperar activamente con la obra santificadora del Espíritu, quien utiliza nuestro entendimiento de verdades doctrinales —como nuestra unión con Cristo— para conformarnos a Su imagen (Chafer).

6.2 Hacia la madurez en Cristo (Efesios 4:13)

El apóstol Pablo articula la meta final de la enseñanza en la iglesia —una función eminentemente teológica— de manera inequívoca. El propósito de los dones ministeriales es equipar a los santos hasta que todos lleguemos **"a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo"**. La madurez espiritual, según la Escritura, no se mide por la intensidad de las emociones, sino por la profundidad de nuestro conocimiento de Cristo, que se traduce en una vida que refleje Su carácter.

7.0 Conclusión: Un llamado pastoral a la responsabilidad teológica

Hemos argumentado que el pensamiento correcto acerca de Dios, lejos de ser una actividad opcional, es el fundamento de toda la vida cristiana. La teología no es un lujo para especialistas, sino un deber, una disciplina y, en última instancia, un deleite para todo aquel que ha sido llamado por Dios.

7.1 Asumiendo nuestra responsabilidad personal

Se hace un llamado a cada lector a una rendición de cuentas personal por lo que cree acerca de Dios. Es tiempo de pasar de ser un consumidor pasivo de contenido espiritual a un estudiante activo y disciplinado de la Palabra de Dios. Esto implica un compromiso deliberado de leer, estudiar y meditar en las Escrituras, no solo para obtener inspiración, sino para construir un entendimiento coherente y bíblico de la verdad divina.

7.2 La disciplina del pensamiento santo

Le exhortamos a cultivar la disciplina espiritual de pensar correcta y profundamente acerca de Dios. Esto no es una carga, sino un acto esencial de adoración. Honramos a Dios con nuestro corazón cuando le amamos, con nuestras manos cuando le servimos, y con nuestra mente cuando nos esforzamos por conocerle tal como Él es. El pensamiento santo es una disciplina que requiere esfuerzo, pero su recompensa es una fe más profunda y una comunión más íntima con nuestro Creador y Redentor.

7.3 Pensar para vivir, adorar y perseverar

En última instancia, el pensamiento correcto acerca de Dios (*teología*) es el fundamento indispensable para la adoración correcta (*doxología*) y la vida correcta (*ética*). Una teología sana es el combustible para una vida que honra a Dios. Es el ancla que nos mantiene firmes en la prueba. Es la luz que guía nuestro servicio para que sea eficaz. Es pensar para vivir una vida que persevera, que glorifica a Dios, y que adora en espíritu y en *verdad*, anticipando la consumación de Su Reino.